



Origen. El 27 de julio de 1923, en la villa de Kimje, situada en el Suroeste de Corea, nació un niño que, con el correr del tiempo, estaba llamado a destacarse en el arte del Karate-Do con la misma definición con que lo hace una gran montaña recortando su silueta contra el horizonte. Sus padres, quienes pertenecían a la clase noble (Yanban) de la región, le dieron el nombre de Yong I Choi. Fue el cuarto de seis hermanos y una hermana. En su primera infancia su cuerpo era más bien débil y por ello su hermano mayor, buscando fortalecerlo, comenzó a enseñarle el boxeo, pero las lecciones no duraron mucho tiempo porque el niño declaró que no le gustaba aquella práctica.

Cuando tenía nueve años sus progenitores lo enviaron a casa de su hermana, en Manchuria, al Sureste de China, en donde ella poseía una granja. Quiso el destino que allá laborara un campesino del Norte de Corea a quien todos llamaban *el señor Yi*, experto en el arte chino de pelea llamado *Las Dieciocho Manos*, derivado del antiguo sistema de los monjes del Monasterio Shaolin. El niño pidió al señor Yi que le enseñara. Al principio éste se negó, pero Yong I era persistente y continuó pidiéndoselo con gran humildad todos los días hasta que, observando su determinación, consintió en ser su maestro. Las prácticas tenían lugar todas las noches, con una duración mínima de una hora y así continuaron durante cuatro años. Esos entrenamientos terminaron cuando Yong I Choi finalizó sus estudios de primera enseñanza y sus padres lo enviaron a Seúl para que, alojándose en casa de una

tía suya, pudiera asistir a la escuela secundaria.

Viaje a Japón. En 1938, a la edad de 15 años, tenía como héroe a Otto Von Bismarck (1815-1898), brillante estratega y estadista prusiano, uno de los fundadores de la unidad alemana, quien en 1866, en guerra con Austria, obtuvo sobre ella una victoria decisiva en la batalla de Sedowa, dándole con ello a Prusia una posición preponderante entre los Estados Europeos. Su mente juvenil se llenó con sueños de realizar intrépidas hazañas, como lo había hecho Bismarck y por ello quiso convertirse en piloto de guerra. Para lograrlo se marchó de Seúl y se fue a Japón y allá se inscribió en el Instituto Juvenil de Aviación, en la Prefectura de Yamanashi. Comenzó a estudiar el idioma japonés y cambió su nombre por el de Masutatsu Oyama (*Oyama*, en esa lengua, significa *Gran Montaña*).

En Yamanashi se dio también a la tarea de aprender Karate, el arte marcial de la mano vacía, que años antes había introducido en Japón *Funakoshi Gichin*, el gran maestro venido de Okinawa. Después de dos años, deseando aprender más, viajó a Tokio con la intención de radicarse. Mas pronto se dio cuenta de que allá la vida no era nada fácil para él, joven coreano sin ninguna recomendación ni apoyo. Vagó por los suburbios buscando un alojamiento que pudiera pagar su mermado bolsillo, pero en todas partes lo rechazaban. Así pasaron varios días en los que, hambriento y bajo un cielo que parecía cerrarse a todas sus esperanzas, repetía en voz alta: “Madre, ¿qué dirías si supieras que éste tu hijo de 15 años va aquí de un lado para otro como un perro sin dueño que no encuentra dónde vivir?”

Por fin alguien accedió a rentarle un cuarto. Lo primero que hizo después, todavía pensando en ser piloto de guerra, fue inscribirse en la Academia de Aviación de Tokio. Sin embargo, pronto el escaso dinero que había llevado consigo se le agotó y tuvo que darse de baja en el plantel. Desesperado se lanzó en busca de trabajo y no sin esfuerzo lo encontró como repartidor de leche.

Con el maestro Funakoshi Gichin. Puesto que la Academia de Aviación no concedía una segunda oportunidad para inscribirse, se dio de alta en la Universidad de Takuhoshu, en parte porque supo que en ella enseñaban tanto el Karate como el Judo.

En el plantel comenzó a recibir instrucción de Judo, mas en cuanto al Karate, observando que los conocimientos que allá se impartían eran muy básicos, mejor se dirigió a la sección Mejiro de la ciudad, en donde tenía su dojo el mismísimo Funakoshi Gichin, en donde enseñaba en compañía del segundo de sus hijos, Giko Funakoshi. El joven Oyama tenía una disposición natural



El Joven Oyama en la escuela de aviación





para el Karate y rápidamente hizo impresionantes progresos. Así, a la edad de 17 años ya había alcanzado el 2º Dan y a los veinte, el 4º. Por lo que toca al Judo, adelantó también en forma extraordinaria y luego de cuatro años de entrenamiento obtuvo el 4º Dan.

En el Butokukai. A los 18 años, con Japón a punto de entrar en la Segunda Guerra Mundial, Oyama fue reclutado por el ejército y de inmediato aprovechó la oportunidad que, como soldado, se le abría para ingresar al Butokukai, la famosa Academia Militar de Japón, en la que se incorporaba la práctica de todas las artes marciales, con énfasis en el desarrollo de una voluntad fuerte e inquebrantable. Por aquél tiempo conoció a otro gran maestro de Karate, esta vez de la técnica Goju Ryu: Gogen Yamaguchi a quien debido, entre otras cosas, a su agilidad felina, llamaban “El Gato”. Impresionado por su pericia y deseando expandir sus conocimientos, Oyama comenzó a estudiar bajo su dirección. Así lo hizo durante dos años, con el resultado de que tanto su carácter como su técnica quedaron fuertemente influidos por este notable instructor.

En agosto de 1945, cuando el escuadrón aéreo al que pertenecía Oyama, ahora con el grado de cabo, estaba a



Golpeando el Makiwara al aire libre

punto de ser enviado a pelear en el Pacífico, las dos bombas atómicas que estallaron sobre Hiroshima y Nagasaki pusieron fin a la resistencia de Japón y a la guerra. El ejército japonés fue disuelto y Masutatsu Oyama, como otros incontables jóvenes del País del Sol Naciente, quedó sumido en una profunda confusión: ¿Qué significado tenía la vida?, ¿Cuál era su objeto?, ¿Para qué habían servido los enormes sacrificios que toda la nación había hecho, si la derrota había sido el resultado final?

El defensor de los débiles. Los soldados de los ejércitos de ocupación instalaron sus cuarteles en todas las ciudades japonesas y, como era de esperarse, muchos de esos militares comenzaron a tratar a los vencidos con gran desprecio, exigiéndoles sumisión total, especialmente a las mujeres, a las que veían como botín de guerra. En Tokio, sin embargo, empezó a correr el rumor de que un fuerte hombre oriental recorría los sitios frecuentados por aquellos militares y defendía a cualquier japonés que estuviera siendo su víctima. Más de una vez, cuando una mujer había esta a punto de ser ultrajada, había aparecido el misterioso vengador



para hacer sentir sus puños de acero al asaltante, o a los asaltantes, poniéndolos en fuga. El personaje empezó a convertirse en leyenda y, para la policía militar de ocupación así como para la policía japonesa, en un problema crónico. Al fin se conoció su nombre: Masutatsu Oyama, el experto en Karate.

El gángster. Una noche, en el Hotel Sanno de Tokio, en el que se alojaban los oficiales del ejército norteamericano, tenía lugar un concurso de baile. Las parejas danzaban y los músicos tocaban sus instrumentos. De pronto, en la mitad del salón se escucharon voces airadas. La música cesó de golpe y los concursantes retrocedieron, haciendo espacio. La causa era que un individuo alto y delgado, japonés a todas luces, se había comportado en forma impropia y descortés con una de las jóvenes e inmediatamente había salido en su defensa otro de los parroquianos, fornido y de estatura regular. Era Masutatsu Oyama, como ya se habrá imaginado el lector. Con una leve sonrisa miraba fijamente a su antagonista, quien tenía el rostro lívido y descompuesto por la furia. De pronto éste se llevó la mano derecha a la espalda y sacó un cuchillo. Manteniendo los pies separados comenzó a rasgar el aire con tajos horizontales que



iban y venían, mientras avanzaba. Cuando estuvo a la distancia conveniente embistió con una cuchillada recta al estómago de Oyama. Este, con la velocidad del relámpago la desvió con la mano izquierda y simultáneamente, con la derecha, asestó un golpe recto a la cara de su rival. Se escuchó un ruido semejante al que hace una calabaza madura estallando en pedazos al ser arrojada contra el suelo y el del cuchillo cayó, muerto antes de tocar el suelo. Naturalmente, la policía acudió de inmediato y Masutatsu Oyama la hubiera pasado muy mal si no hubiera sido porque en el cuerpo sin vida, los investigadores reconocieron a un temible gángster a quien buscaban sin resultado desde hacía tiempo, sospechoso de haber cometido varios asesinatos. Debido a ello dejaron en libertad a Oyama, luego de hacerle la severa advertencia de que no volviera a meterse en problemas con la justicia.

Cambio de vida. Entonces comenzó a tener pesadillas mientras dormía por las noches. En ellas se le presentaba la esposa del gángster muerto, llorando, gritando y reclamándole por haber matado a su marido. Muy impresionado, el karateka tomó la resolución de cambiar su vida, dejando de frecuentar bares y antros de cualquier clase y limando las asperezas de su carácter. Durante los días en que estuvo en el ejército había conocido al maestro coreano Choh Jung Ju, especialista en la técnica de karate Goju Ryu y ambos se habían hecho amigos, por lo que Oyama practicó como su alumno durante dos años. Ahora, con el propósito de mejorar su existencia, buscó al maestro y de nuevo se convirtió en su estudiante. Mas, después de un año de entrenamiento intensivo, aquél lo llamó aparte y le dijo: “Oyama, te he enseñado todo lo que sé y ahora eres más fuerte que la mayor

parte de tus semejantes... incluso eres más fuerte que yo. Ya no tengo más instrucción que darte. Alabo la resolución que has tomado de no meterte en más problemas ni con la policía ni con nadie más. Para que tu proyecto de ser mejor puedas llevarlo a cabo con mayor facilidad, te aconsejo que vayas a un templo y allá medites profundamente acerca del significado de tu vida y de la manera en que vas a dirigirla”.

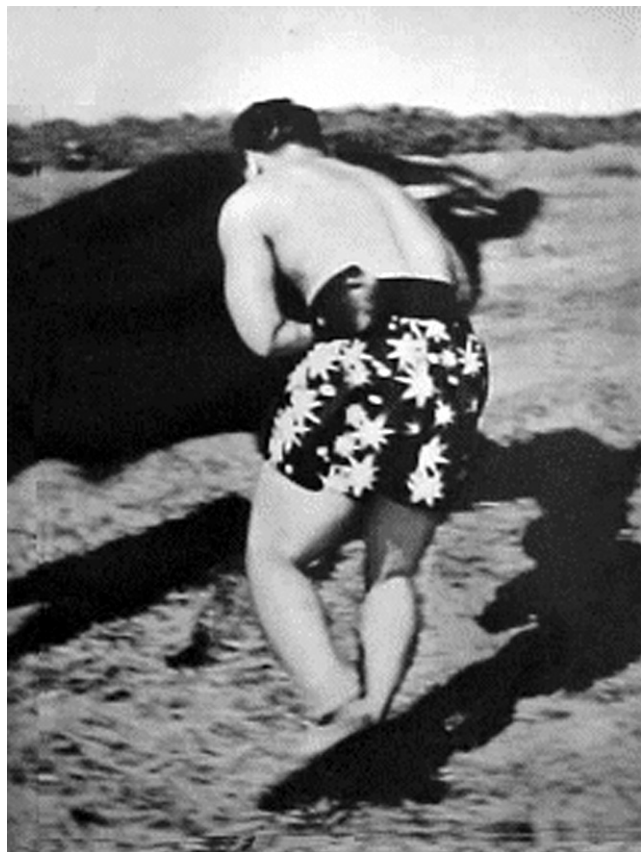
Oyama obedeció y se marchó a la Prefectura de Yamanashi, 80 kilómetros al Este de Tokio y solicitó ser admitido como residente en el templo budista situado en el monte Minobu. Allí, durante los siguientes tres meses, se levantó antes del alba, meditó y después, hasta cerca de medianoche, cortó leña, cepilló y pulió pisos de madera y cargó grandes cubos llenos de agua. El trabajo era tan extenuante que al finalizar la jornada el sueño lo agobiaba y ya no tenía ningún ánimo para practicar Karate, la pasión de su vida. Así que cortésmente dio las gracias a los monjes y regresó a Tokio.

El maestro So Nei Chu. En ese punto le fue presentado el maestro de Karate, técnica Goju Ryu, So Nei Chu, discípulo directo del famoso Chojun Miyagi, el fundador de esa Escuela. También era coreano y había sabido combinar armoniosamente la meditación profunda y el estudio de la filosofía con la disciplina marcial. De inmediato calibró el gran potencial que había en Masutatsu Oyama, así como el hecho de que habían ciertos rasgos en su carácter que debían ser eliminados. En otras palabras, había que “pulir la piedra bruta”. Por lo tanto, el consejo que el maestro le dio fue: “Debes aislarte del mundo por un tiempo. Identifícate con la naturaleza. Ve a una montaña para, en soledad, fortalecer tu cuerpo y tu mente. Allí podrás penetrar en el corazón del Karate y conocerte a ti mismo. El Budo, o Senda del Guerrero va de la mano con la más alta espiritualidad. Si haces lo que te digo entrarás en comunión con la esencia misma de tu ser y comprenderás el significado de mis palabras”.

El Monte Kiyozumi. Oyama tomó muy en serio aquel consejo y eligió el monte Kiyozumi, en la Prefectura de Chiba, para efectuar su retiro. Dotado de espesos bosques y con las azules aguas del Océano Pacífico a la vista, era el lugar ideal. Además, encontró apoyo en el señor Senshichiro Ozawa, miembro del partido liberal japonés, quien ofreció enviarle cada mes los alimentos necesarios junto con el equivalente de \$50.00 dólares. Oyama preguntó a uno de sus discípulos, llamado Yashiro, si quería acompañarlo en su aventura y,



HISTORIA



ramas usando *shuto* (golpe con el filo de la mano). Para fortalecer sus brazos levantaban cientos de veces, tendidos boca arriba, una barra de pesas hechas con grandes piedras en los extremos, que pesaba 60 kilos (el ejercicio conocido como *bench press*). Luego golpeaban con pies y manos varios miles de veces un costal de boxeo y más tarde, con el objeto de acrecentar su agilidad y resistencia, brincaban incontables veces, sin tocarlas, sobre las plantas de sedoso lino que crecían en la cima y las laderas de la montaña. Finalizaban practicando *Jiyu Kumite* (combate libre). Hacían tres comidas saludables cada día y efectuaban *zazen* (meditación en posición sentada) bajo las cataratas. Por las noches, en medio de las tinieblas, el viento aullaba pasando sobre el techo de su cabaña y comenzaron a tener pesadillas horribles que los despertaban varias veces durante el sueño. Todo ello constituía, por supuesto, una verdadera prueba de valor.

Pasaron así seis meses y una mañana Yashiro, el discípulo, ya no estaba. Ocurrió que, habiendo creído llegar al límite de sus fuerzas físicas y mentales, decidió irse y así lo hizo durante la noche, sin avisarle a Oyama. Este se quedó solo, inmensamente solo. Sintió la tentación de bajar también de la montaña y terminar con su retiro y así se lo hizo saber a su maestro So Nei Chu por medio de una carta, pero él le respondió inmediatamente con otra misiva diciéndole que debía permanecer donde estaba y afeitarse las cejas para resistir aquel impulso, pues el aspecto que cobraría su rostro de esa manera sería tan desagradable que no querría exponerse a que alguien lo viera. De nuevo Oyama obedeció y se dijo a sí mismo que no daría un paso atrás en su decisión de permanecer en la montaña, resolviendo en ese momento convertirse en el karateka más fuerte del mundo. Tornó sus entrenamientos aún más intensos. Diariamente tomaba asiento bajo los árboles, con las piernas cruzadas y, después de recitar los versos de Okyo, una escritura budista, se sumía en meditación profunda. Además leía la novela titulada “Miyamoto Musashi”, escrita por Eiji Yoshikawa, acerca del famoso maestro de la espada que también se había retirado a las montañas y había vuelto con la nueva técnica del *Nito Ryu*, o combate utilizando dos espadas. Esas páginas lo inspiraban para seguir con su disciplina. Detrás de su

como éste asintió, los dos partieron a la montaña. Se alojaron en una rústica cabaña de madera que Oyama había construido con sus propias manos en medio de la floresta y dieron principio a su entrenamiento:

Se levantaban a las 5 de la mañana, bajaban corriendo la empinada cuesta de la montaña y luego volvían a subirla, también a la carrera. Después practicaban dos mil veces *seiken tsuki* contra los troncos de los árboles y quebraban



Con el toro derribado

cabaña cultivaba un huertecito de verduras, las que usaba para cocinar sus sopas. Las ardillas y los zorros llegaban hasta allá y él les convidaba de sus vegetales. Algunos niños de la aldea más próxima se presentaban a veces en las inmediaciones de su cabaña y lo observaban desde lejos. Un leñador que lo había visto les había dicho que era un *tengu*, o sea, uno de los genios narizones del bosque. No era para menos la conjetura, pues Oyama se había dejado crecer el cabello hasta los hombros, lucía un gran bigote y, debido a la soledad y a la meditación, sus ojos habían adquirido un brillo misterioso. Tenía todo el aspecto de un Yamabushi, es decir, de uno de aquellos guerreros que en el antiguo Japón vivían en las montañas.

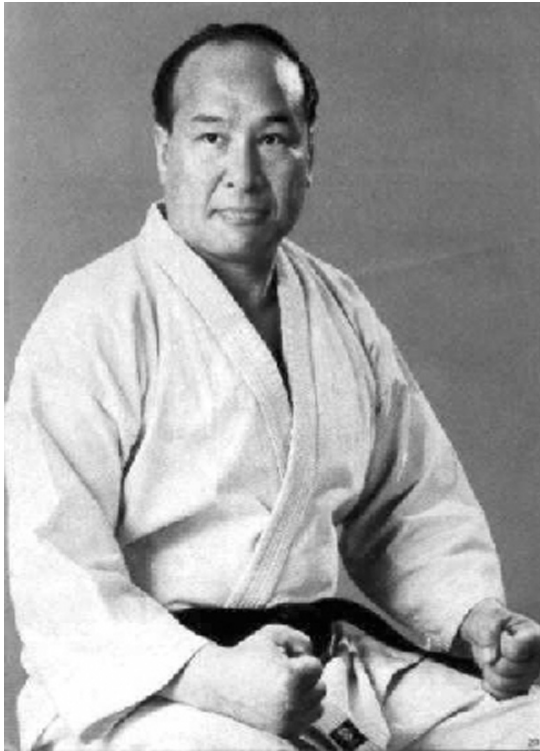
Fin del retiro. Una vez al mes recibía la visita del Sr. Kayama, quien le llevaba las provisiones necesarias para treinta días. Oyama había planeado quedarse en la montaña por tres años,

pero cuando había transcurrido un año y medio, cesaron de pronto aquellas entregas. Oyama se vio entonces forzado a bajar de su montaña hasta las playas de la aldea de Tateyama. Allí supo la razón de lo ocurrido: su protector, Senshichiro Ozawa, se había visto envuelto en un escándalo político y las autoridades de ocupación lo habían encarcelado. Sin embargo, los dieciocho meses de retiro lo habían convertido en un karateka de calidad y poder excepcionales: a la usanza antigua, enormes callos plateados se veían sobre los nudillos de sus manos y había perfeccionado su técnica de *tameshi wari* (rompimiento de objetos) hasta el punto de quebrar piedras grandes que colocaba sobre un yunque sosteniéndolas con una mano, de un solo impacto con la otra. Varias tablas, de una pulgada de espesor cada una, eran atravesadas por su golpe de shuto con la misma facilidad con que un cuchillo corta una barra de mantequilla. Una vez, caminando por las calles de Tateyama, sintió el impulso de golpear un poste de luz. Así lo hizo, y el impacto de su puño fue tan tremendo que los cables, allá arriba, se mecieron de un lado a otro con violencia, como sacudidos por un terremoto. Algún día, pensó, iba a llegar la oportunidad para probar hasta dónde alcanzaba su habilidad.

El torneo. La ocasión se presentó en 1947, cuando vio la convocatoria para el campeonato de Karate de todo Japón. Inmediatamente se inscribió y barrió con todos sus adversarios. Ninguno pudo resistir su tremendo ímpetu. Ganó el certamen y fue proclamado el karateka N° 1 del Japón.

Los toros. Ahora pensó en probarse de otra manera. Sabía que en el pasado habían existido maestros de Karate capaces de matar a un toro con un solo golpe. Por lo tanto, un día se dirigió al rastro de la localidad y pidió que le permitieran usar a uno de los toros que ya estaban marcados en la oreja para ser sacrificados y ver si él podía hacer lo mismo. Todos al oírlo

pensaron que estaba loco y no quisieron siquiera considerar su petición; finalmente el anciano dueño de otro rastro, en su rancho, aceptó a regañadientes. Un toro fue encadenado por ambos costados y le vendaron los ojos. Oyama se preparó, ante la vista de un gran número de curiosos que se habían congregado para ver al “coreano loco que creía poder matar a un toro de un golpe”. Oyama descargó su puño derecho en el testuz del animal. Hubo un instante de silencio y luego el toro, sacudiendo violentamente su cabeza de un lado a otro, se soltó de sus amarras y acometió. Todos corrieron, incluyendo a Oyama y pasó media hora antes de que los trabajadores del rastro reunieran valor para regresar y encerrar a la bestia. Oyama, avergonzado, se disculpó por haber fallado. Luego de varios días, Oyama consiguió que le dieran otra oportunidad. De nuevo se reunió una multitud. Aquél descargó su puño



sobre un toro, como lo había hecho la primera vez, y en esta ocasión el animal se desplomó sin vida. Los espectadores lanzaron gritos de asombro y la noticia corrió por todo Japón.

La película. La compañía de películas Shochiku envió un equipo para filmar un combate de Oyama contra un toro. El título sería: “Karate contra un toro furioso”. Oyama aceptó y comenzó, como parte de su preparación, a ir diariamente al mismo rancho para estudiar los hábitos de los toros y con cincuenta de ellos, por turnos, practicó cómo esquivar sus embestidas. Cada día se levantaba a las cuatro de la mañana, corría ocho kilómetros hasta el templo llamado Hachiman y luego de regreso; seguían dos horas de Karate por la mañana y tres y media por la tarde. En enero de 1953, en la playa Yamato de la población de Tateyama, prefectura

de Chiba, tuvo lugar el acontecimiento. Se presentaron los camarógrafos, los reporteros y, por supuesto, una gran multitud. También llegó un destacamento de cincuenta policías con una orden judicial escrita prohibiéndole matar al toro. Cuando Oyama vio a la bestia que habían llevado los de la película, se quedó de una pieza: era enorme, de más de 500 kilos y grandes cuernos puntiagudos; pero el contrato estaba firmado y ahora había que cumplirlo.

El toro fue liberado de sus amarras y con la cabeza baja cargó contra Oyama. Este lo esquivó y luego lo asió por los cuernos, tratando de torcerle el cuello y derribarlo sobre la arena de la playa. El toro separó las patas y se plantó firme. Los pies de Oyama resbalaron y cayó. La bestia lanzó una cornada y, aunque aquél logró moverse a tiempo, su piel quedó rasgada y sangrando, desde el abdomen hasta el pecho. Habiendo sujetado otra vez los cuernos, Oyama logró ponerse

en pie y la lucha siguió. Los del noticiero le habían pedido una pelea de 10 minutos, pero pasó media hora antes de que lograra tumbar al toro y, con un golpe de shuto, arrancarle un cuerno. Así terminó el episodio.

La publicidad que tuvo aquello hizo que el nombre de Oyama traspusiera las fronteras de Japón y que se comenzara a hablar de él también en el extranjero. Así, proveniente de la Asociación de Lucha Profesional de Chicago, recibió una invitación para visitar esa urbe, junto con el judoka Kokichi Endo. Habiendo aceptado ambos, hicieron sus maletas y se fueron para allá. En Chicago, como en muchas otras ciudades de los E.U. después, los espectadores de las arenas en las que se presentó Oyama quedaron estupefactos con sus rompimientos masivos de tablas y ladrillos, así como más de sus combates contra toros. También se enfrentó con varios luchadores y boxeadores profesionales, ganando todos los encuentros por knockout.

La Cobra Negra. En 1954 tuvo lugar un hecho significativo en la vida de Oyama: en Tailandia, un equipo de karatekas japoneses se había enfrentado a otro de boxeadores tailandeses y había salido derrotado. Sabiendo que los karatekas iban a viajar de nuevo para un segundo encuentro, decidió acompañarlos. El acontecimiento tuvo lugar en una gran arena de Bangkok. La multitud era enorme, no había un solo sitio vacío. Había venido a ver cómo sus campeones locales vapuleaban otra vez a “esos karatekas japoneses”. A Oyama le tocó enfrentarse con un temible, fuerte y experimentado boxeador apodado “La Cobra Negra”, el campeón de peso welter de Tailandia. Cuando Oyama



subió al cuadrilátero, una tempestad de abucheos y silbidos atronó el aire. Luego, aplausos y vítores para el tailandés. El gong sonó indicando que daba principio la pelea y Oyama empezó a caminar en círculo alrededor de su oponente. De pronto éste soltó una de sus terribles patadas circulares que dio de lleno en la cara de Oyama y éste cayó como un gran árbol que ha sido cortado. El público aplaudía frenético y aullaba de emoción. El árbitro inició la cuenta final, pero antes de que terminara el caído se levantó y se paró de nuevo frente a su rival. En el centro del cuadrilátero La Cobra Negra lanzó otra de sus veloces patadas, mas esta vez Oyama la paró y le sujetó el pie antes del impacto; luego, sacándolo de balance, le atizó una fortísima patada, también circular, al rostro, que lo envió a la lona. Los gritos cesaron, pues los fanáticos estaban boquiabiertos. El boxeador tai se las arregló para ponerse otra vez sobre sus pies. Oyama entonces disparó, con la velocidad de un pistón, un pavoroso *Seiken tsuki* que dio en la mitad de la mandíbula de La Cobra, a quien se le despegaron los pies del piso y salió volando hacia atrás. Cayó de espaldas, plano, con piernas y brazos abiertos, inmóvil, como muerto. El árbitro completó la cuenta y el boxeador, en medio de un silencio sepulcral, fue llevado, aún inconsciente, a los vestidores. Allá el médico dictaminó que tenía la quijada rota en varias partes. El desenlace había tenido lugar a los dos minutos del primer round. El resto de sus encuentros con los boxeadores Tai los ganó también Oyama y así el prestigio de los karatekas japoneses quedó restaurado.

La base de su técnica. El suceso narrado ejemplifica muy bien cuál era su sencillo, pero efectivo y letal principio de combate: al igual que los antiguos maestros, pensaba que un karateka debía estar tan bien entrenado y fuerte que uno sólo de sus golpes bastara para terminar un encuentro. Si dirigía, por ejemplo, un golpe a las costillas de su adversario y éste lograba bloquearlo, el brazo con que lo había hecho quedaría



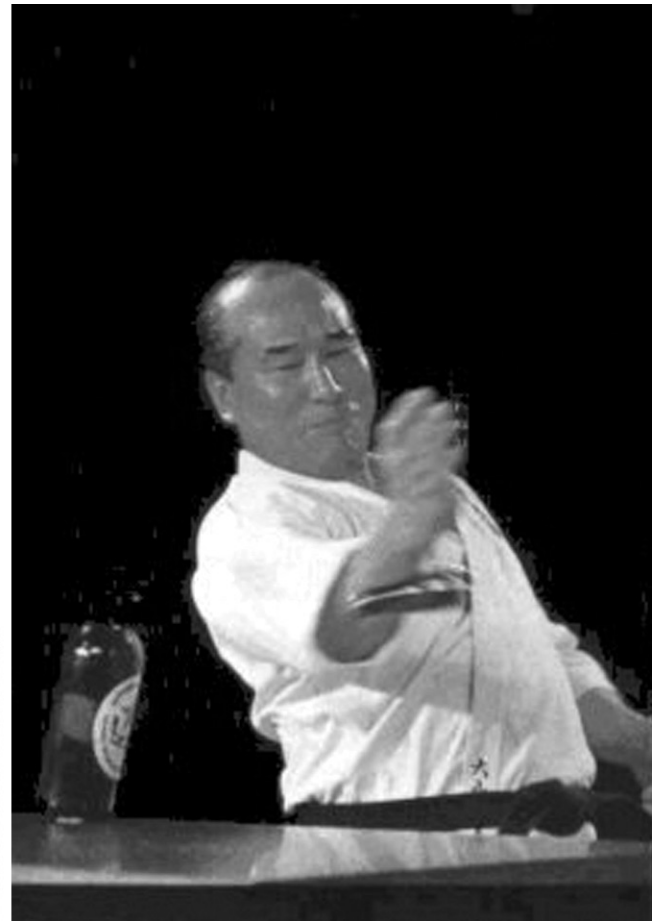
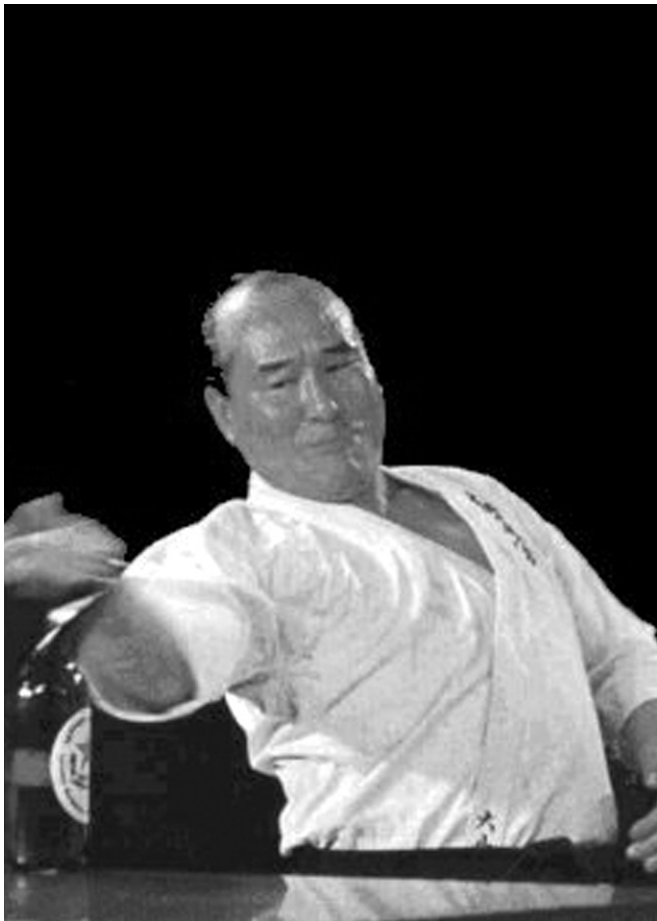
roto o dislocado y si no lograba pararlo las costillas, por supuesto, se romperían. Por otra parte, la energía y fuerza del karateka circulando por su cuerpo deberían ser tan poderosas que si el oponente lograba conectarle un golpe, los huesos de la mano o del pie con que lo había hecho se quebrarían. Por ello acostumbraba repetir la máxima que los mencionados instructores primigenios acuñaron: “Ichi geki, hissatsu”, que significa: “Un golpe, un adversario eliminado”.

Humildad y delicadeza. Por otra parte, siempre enseñó a sus alumnos que un karateka real sólo podía serlo si había cultivado también su espíritu por medio de la meditación Zen (o cualquier otra que fuera equivalente) y en su carácter mostraba la cortesía y consideración debidas para tratar a los

cuernos con shuto.

Tal vez aquí pueda entrar la reflexión de que contando de esas épocas hasta ahora, la sensibilidad de los seres humanos ha mejorado por lo menos en algunos aspectos y hoy serían esos encuentros con toros objeto de atención por parte de las sociedades protectoras de animales, las cuales buscan evitar la crueldad hacia éstos y por ello tal vez resultarían prohibidos; mas en aquel tiempo esos grupos no estaban tan activos, además de que, en general, se pensaba distinto y así sucedieron las cosas.

Sus libros. En 1958 se publicó la primera edición de su libro *What is Karate?*, con reimpressiones en 1962 y 1963. Fueron muchos los jóvenes de aquella época quienes, a través de ese volumen, de cubierta negra con letras rojas, tuvieron su primer



demás. La gran bravura del karateka, decía, debe marchar pareja con su humildad y delicadeza al relacionarse con su prójimo, y él mismo fue siempre la encarnación de estos conceptos.

En México. En 1957, cuando tenía 34 años, vino a México y se enfrentó de nuevo con un toro, pero en esta ocasión Oyama recibió una cornada sangrienta y muy peligrosa. Pudo aún ponerse de pie y quebrarle un cuerno al animal. Oyama quedó, sin embargo, muy malherido y fue hospitalizado durante seis meses. Estuvo a punto de perder la vida, mas se recuperó y volvió a sus entrenamientos. En total, durante su carrera, mató tres toros torciéndoles el cuello y a otros 36 les arrancó los

contacto con “El Arte de la Mano Vacía” y después entraron de lleno en esa disciplina. Tal fue el caso del hoy maestro Cinta Roja Noveno Dan de Karate, Antonio Márquez López, difusor del Karate-Do en México y así ocurrió también con quien escribe estas líneas.

En 1965 apareció su segundo libro: *This is Karate*. En 1966 apareció otra edición, revisada y modificada de *What is Karate?*. En 1970 publicó *Advanced Karate* y, posteriormente, *Vital Karate*. Esos volúmenes constituyeron otra de las valiosísimas aportaciones que el maestro Oyama hizo al arte marcial en general y al Karate en particular, pues los millones de



copias que de ellos se imprimieron dieron la vuelta al mundo en una época en que era casi imposible conseguir libros o películas sobre el tema, mucho menos instrucción directa.

Las primeras escuelas. Ya antes de su viaje a México, en 1954, Oyama había abierto un dojo, el primero, en Mejiro, Tokio. En 1956 inauguró otro en la Universidad de Rikko, en Tokio también.

El 6° Dan. En ese mismo año de 1956, el gran maestro del Goju Ryu, Gogen Yamaguchi, ya mencionado, le otorgó el 6° Dan.

De nuevo en los E.U. En 1957 Oyama viajó otra vez a los Estados Unidos y alumnos suyos instalaron un Dojo en San Francisco, en donde comenzaron a enseñar la técnica de su maestro. Cuatro años después, en 1961, abrió otro dojo en Los Angeles.

El Kyokushinkai. En 1964, en Tokio, inauguró la escuela central de su sistema, al que llamó "kyokushin" ("La Verdad Suprema" o "La Última Verdad"). Desde entonces su técnica se ha extendido a más de 120 países, contando con un inmenso número de estudiantes, convirtiéndose en una de las más grandes organizaciones de Karate en todo el mundo.

El Kyokushinkai en México. Es momento para mencionar el hecho de que en México, desde hace muchos años, el Kyokushinkai está representado por el Dr. Gessi Krame, precursor y digno representante de esta técnica en nuestro país.

La técnica. El método del maestro Oyama contiene tanto los movimientos circulares que aprendió de sus maestros de Goju Ryu, como los poderosos ataques rectos del Shotokan que le fueran enseñados en su juventud, como hemos visto, por el padre del Karate japonés, Funakoshi Gichin.

Alumnos célebres. Entre los Yudanshas (cintas negras) de Kyokushin que han sido celebridades, se cuentan Sean Connery (el primer Agente 007), con el grado de Sandan honorario, el australiano Dolph Lundgren (quien hizo el papel de boxeador en una de las películas de "Rocky"), Sandan, y el que fuera Presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela, con el grado honorario de Hachidan (8° Dan).

Los campamentos. Los entrenamientos que tenía con sus alumnos son famosos entre los más fuertes de la historia del

Karate. Como una reminiscencia de la manera en que él mismo se formó, dos veces al año, en invierno y en verano, conducía a sus más duros estudiantes a campamentos en el Monte Mitsumine en donde, descalzos, practicaban en medio de la nieve que lo cubría todo, si era invierno. En verano el grupo se ejercitaba entre los árboles del bosque, así como subiendo y bajando a la carrera la montaña, también descalzos. Como parte de las prácticas se incluía el meterse en el mar hasta la cintura y allá realizar Jiyu Kumite (combate libre). Como corolario, siempre estaban incluidas las prácticas de meditación Zen. El objeto, decía el maestro, no sólo era estar siempre listos para defenderse aún en las más adversas circunstancias, sino templar el cuerpo, la mente y el espíritu para crear hombres y mujeres de bien, útiles y provechosos para la sociedad. Aunque ya se habló de esto, es importante subrayar que el elemento espiritual siempre formó parte de su sistema, pues sobre todo durante los retiros, sus seguidores dedicaban el tiempo debido a las prácticas de meditación Zen y a las reflexiones de tipo ético.

Los 100 adversarios. La Escuela del Kyokushinkai se cuenta entre las más fuertes del mundo. En ella, el maestro Oyama estableció el llamado "Hyaku Nin Kumite", o el combate con 100 hombres, en el que el estudiante tiene que luchar, en el término de tres días, con un total de cien adversarios. Si alguien es noqueado en cualquiera de sus encuentros durante más de cinco segundos, queda fuera del torneo. Para hacer el asunto más difícil, la mayor parte de los combates deben ser ganados por Ippon (puntos limpios, completos) y no estar solamente a la defensiva, recibiendo o bloqueando golpes, sin atacar.

Para mostrar que esto podía realizarse, el mismo maestro Oyama, cuando se encontraba en la mejor época de su juventud, peleó contra 100 oponentes en el curso de tres días, ganándoles a todos. Aún quiso combatir el 4° día, pero no lo hizo porque ya no quedaban más oponentes para enfrentársele.

Esta clase de pruebas, acostumbraba decir, fomentaba *el espíritu de Osu*, es decir, la capacidad de llegar más allá de los límites que son considerados "normales".

La nacionalidad. Como dato interesante, es necesario agregar que en 1966 el general Choi Hong Hi, maestro coreano que dio el nombre al Tae Kwon Do (ver revista KATANA N° 51), visitó Tokio y supo que Masutatsu Oyama se encontraba a la sazón realizando los trámites para obtener la ciudadanía



HISTORIA

japonesa. Fue a verlo y le hizo saber que en Corea se le admiraba mucho y que su patria necesitaba hombres como él para trabajar en la promoción del Tae Kwon Do. Por lo tanto, añadió, debía regresar allá. Si lo hacía, su nombre quedaría por siempre ligado a la historia de su país.

El maestro Oyama prometió meditar sobre la cuestión. Entonces el general Choi lo invitó a Corea. Allá, en Seúl, los practicantes de Tae Kwon Do organizaron una gran recepción que incluyó una demostración de su arte marcial. Después el general lo llevó a su pueblo natal, donde se reunió con sus hermanos, parientes y amigos. También fue entrevistado en la televisora KBS.

El general Choi relata que, al concluir la visita, cuando se encontraban ya en el aeropuerto de Kimpo y listo para abordar el avión de regreso, Masutatsu Oyama le dijo: "Como persona de mentalidad simple que soy, no creo poder sobrevivir en esta clase de ambiente". Entonces agradeció las atenciones de que había sido objeto, dijo adiós, se introdujo en el aeroplano y volvió a Japón, en donde completó los trámites para convertirse en ciudadano de ese Estado.

Sin duda, para tomar su decisión, recordó cómo la mayor parte de su formación tuvo lugar en el País del Sol Naciente y también cómo el Primer Ministro Sato lo había ayudado a

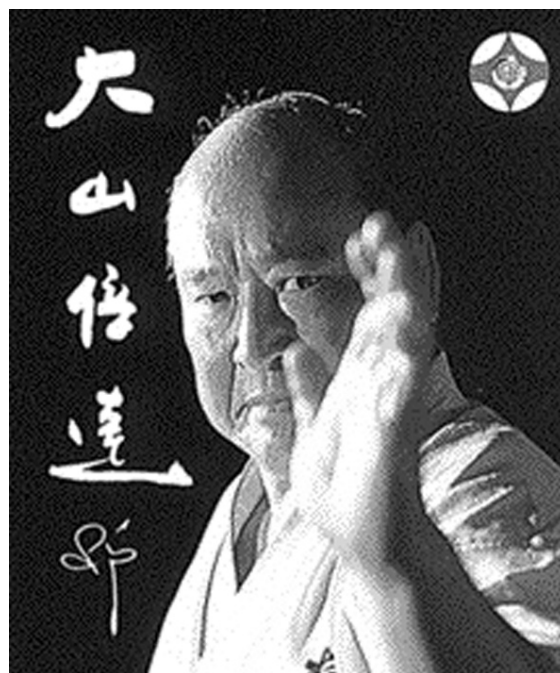


conseguir el éxito, además de animarlo para que se convirtiera en ciudadano japonés.

9º Dan. En 1974 los directores de todas las escuelas Kyokushinkai en el mundo se reunieron y en acto solemne otorgaron a su maestro el 9º Dan. Posteriormente le sería conferido el 10º Dan.

Epílogo. Todo en este Universo tiene su principio y su fin. La vida del gran maestro Sosai (fundador de un sistema) Masutatsu Oyama terminó el 26 de abril de 1994, cuando estaba próximo a cumplir los 71 años de edad, pero su legado de autenticidad, bravura, resistencia y resolución indomable,

capaz de vencer todos los obstáculos, permanecerá por siempre brillando a través del espíritu del Kyokushinkai, la organización que él fundó como aportación a este mundo y a las artes marciales que en él se practican.



**Fuentes de documentación:
Libros del Maestro Oyama:
What is Karate?**

(Kodansha, ediciones de 1962 y 1966)

This is Karate (Kodansha, 1965)

Advanced Karate (Kodansha, 1970)

Vital Karate

Artículos:

**Black Belt Magazine: Septiembre 1966,
Yearbook 1970**

**"Vida y Obra del General Choi"
(Revista KATANA N° 51)**

Oyama history (Osu)

**Kyokushin History (Organization Katsuo
Shokei Matsui, Supreme advisors and Inter-
national Comitee).**

**Masutatsu Oyama history. Del libro: Kyo-
kushin Karate, Von Rotz & Co., Dinamik
Trading.**

**Kyokushin Karate. Sosai Mass Oyama. Sen-
sei Carl Cho.**

O
Y
A
M
A